



Antonio González

Ilustraciones de Alfonso Lozano

  
loqueleo  
SANTILLANA

# Índice

1	9
2	13
3	17
4	27
5	31
6	39
7	43
8	51
9	55
10	65
11	71
12	75

13	79
14	81
15	87
16	93
17	105



Max pedaleó con fuerza el último tramo y se detuvo casi al final de la cumbre. Apoyó la bicicleta al lado del basurero y escuchó el ruido de docenas de latas atadas a la defensa trasera del pequeño camión de basura.

Aquel cacharro oxidado cubría la ruta de sur a norte todas las mañanas y era un verdadero milagro que rodara sin desarmarse. El Señor de la Basura detuvo la marcha al lado del basurero donde descansaba la bicicleta de Max, asomó su gran cabeza por la ventana del conductor y dejó ver su rostro salpicado de granos amarillentos.



Un chorro de mocos le escurría por la nariz, y su aliento era tan, pero tan desagradable que, cuando abría la boca, podía verse un vapor verduzco flotando en el aire. Tres moscas salieron volando de aquella nube tóxica y buscaron el basurero para examinarlo. Volvieron luego con el hombre, quien solo por los zumbidos de sus amigas parecía entender si el bote contenía desechos o no.

—Buenos días, señor —saludó Max, clavando de inmediato la mirada en el suelo y apretando con fuerza el manubrio de la bicicleta. Para su fortuna, el Señor de la Basura apenas si abría la apestosa boca. Bajó del camión rascándose las nalgas y murmuró incomprensibles palabras a manera de saludo. Caminaba lentamente como una perinola a punto de perder el equilibrio. Su cuerpo era casi cilíndrico, muy parecido a los cubos de basura. Vestía gruesos pantalones de

pana verde sujetos por tirantes corintos. Luego de vaciar el contenido, regresó al timón seguido por las moscas.



—Anastasia, Clotilde, Barbotas, ¡nos vamos! —rugió mientras ponía en marcha la máquina y se perdía calle abajo.

Cuando estuvo seguro de que el escandaloso camión se encontraba lo suficientemente lejos, Max levantó la vista. Todo en aquella calle que estaba a punto de cruzar le producía el más terrible de los miedos: la lluvia, el silbar del viento, los encuentros con el Señor de la Basura, las sombras.

«Si vuelves a portarte mal, le diré al Señor de la Basura que te lleve», le decían en su casa. Max creía que aquel inocente servidor público tendría cosas más importantes que hacer que ocuparse de niños malcriados. Además, aparte de la basura, nunca vio algo anormal: cáscaras de banano, pañales usados, salchichas medio mordidas. Lo de siempre, nada de qué preocuparse.

Trepó a la bicicleta y, decidido, asentó el pie sobre el pedal.